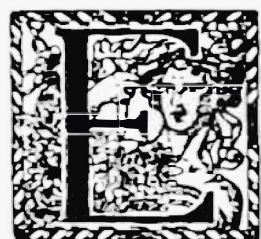


Luis Reissig

Una política cultural para toda América



EN 1940, el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, que había cumplido su primera década de vida, y que acababa de desarrollar en su ciudad natal un curso colectivo sobre aspectos significativos de la economía nacional, en el que participaron 45 profesores y estudiosos de la materia, decidió que había llegado el momento de iniciar una nueva etapa en sus relaciones culturales. Debía ser sobre la misma base de ese ensayo de curso colectivo, desarrollado con todo éxito, y que constituyó el primer balance cultural de la economía argentina. Decir sobre la misma base, equivale a afirmar que lo nacional constituiría la dirección de la nueva etapa de relaciones culturales que emprendía el colegio.

Conocíamos la experiencia—insuficiente aunque loable experiencia—de las relaciones culturales entre las naciones del continente mediante las visitas de intelectuales de unos países a otros, sobre temas—no lo dudo

—de valor, pero que no quedaban enhebrados, por su propia dispersión. Se desgastaba a un material humano de primer orden, sin llevarlo a una obra de cuerpo y de consecuencias saludables. Veíamos que en esas visitas, la posibilidad de traslado desempeñaba todavía el papel principal, y que llegaba a más quien más había viajado. Es decir, la obra quedaba librada en sus proyecciones a la vida y posibilidades del individuo; y como los años, fatalmente, reducen a casi todos, los resultados de ese ir y venir quedaban muy disminuidos en su eficacia y prolongación.

Substituir, por consiguiente, la acción individual por la colectiva era el primer paso que el Colegio Libre estaba dispuesto a dar. Y lo tenía que dar con una pobreza extraordinaria de recursos, porque a pesar de haber reunido, desde el día de su fundación, al mejor profesorado que tiene la Argentina, y que colabora con ejemplar gratuidad, depende en su vida económica de los modestos recursos de sus alumnos y amigos.

Y el segundo paso consistía en contemplar la acción colectiva—la acción de equipo—por el tema colectivo, en lugar del tema individual. Por ejemplo: un economista, un educador, un filósofo, un jurista se había especializado en una faz de su disciplina. La proposición del colegio consistía en lo siguiente: en que medida esa faz podía integrarse en una forma poliédrica de la vida nacional. Como la economía, la educación, el derecho, la filosofía, el arte, la sociología, etc. podía

darnos a los argentinos y a los demás pueblos del mundo que quisieran interesarse por saber qué clase de comunidad constituíamos, una idea de esta comunidad; y sobre esta idea trabajar luego para orientarnos en un sentido de progreso y perfeccionamiento.

En esta nueva modalidad de acercamiento cultural previmos los siguientes resultados: primero, despertar del sentido de grupo, es decir de asociación en la tarea, franca y fuerte asociación. Segundo, perfeccionar esta idea de grupo con la idea del tema colectivo, frenando en lo posible el caprichoso azar que lleva a verdaderos talentos a ocuparse de temas de quinto orden, mientras hay otros urgentes que aguardan turno. Y tercero, iniciar y fomentar el tema que se vincule a la vida nacional, porque lo nacional es la célula más vasta que se ofrece hoy a los hombres para sus grandes experiencias en el plano social.

Con este pequeño pero apretado haz de directivas; el equipo, lo colectivo y lo nacional nos dispusimos a la tarea.

En enero de 1941 escribimos la primera carta a doña Amanda Labarca, formulándole la proposición del Colegio Libre; que fuera a la Argentina un equipo de profesores chilenos a decirnos: esto es Chile. Decirlo en el lenguaje de su especialidad, pero combinado de alguna manera en una idea general sobre la vida chilena. Y en 1941 y 1942 visitaron Buenos Aires los profesores doña Amanda Labarca, Norberto Pinilla, Humberto Fuenzalida, Francisco Walker

Linares, Enrique L. Marshall y Julio Ruiz Bourgeois. Y su resultado lo podemos calificar así: mayor compenetración en muchos de lo que es Chile; estímulo recíproco para trabajos sobre temas de esta índole; y uno palpable: la publicación de nuestra revista «Cursos y Conferencias», órgano del colegio, de las clases dadas, lo que creo habrá de contribuir a señalar un nuevo rumbo en las publicaciones culturales de nuestro continente.

Con la visita a Buenos Aires de los chilenos se había cumplido la primera proposición: el equipo. Falta aún la segunda: el trabajo en común del tema colectivo. En lugar solamente de anudar en un final, en un objetivo cierto los distintos temas, que cada cual puede desarrollar según su modo particular de ver, de sus intereses, sus intenciones y el estado de sus conocimientos; en lugar de eso la colaboración en común de los temas que van al objetivo cierto: el verdadero trabajo en equipo, el seminario entre iguales. De esa elaboración en común cabe esperar uno de los mayores adelantos de la cultura moderna, viciada de particularismos, de ausentismos, de exotismos. Si se dijera, por ejemplo, cuál es el estado actual y el rumbo que le corresponde a la economía chilena y en qué medida ella debe afianzar y aumentar su contenido social, los hombres llamados a plantear los términos del problema y determinar sus conclusiones, en lugar de trabajar cada cual sus respectivos capítulos sin importarle qué piensan los demás de los suyos, iniciar la tarea con una

compenetración acabada de los distintos temas; de modo tal que el trabajo parezca todo uno; del mismo modo que se construye un edificio, donde cada artesano ha puesto su sabiduría, pero sin alterar la del arquitecto, en este caso el del que crea el plan o de quienes lo crean. Porque de lo que se carece es de arquitectos del saber, que desde luego tienen que conocer lo que podríamos llamar sus matemáticas y su física, pero que no es obligatorio que estén iniciados, y menos que dominen las artes particulares.

Esta vía hacia la formulación y realización de obras colectivas chocará por un tiempo con la resistencia del artesano del saber particular, demasiado aferrado a su taburete en que afirma conocimientos, desdeñando las ventajas indiscutibles de las máquinas modernas que le ahorran trabajo y que amplían su función social. Pero estoy seguro que vamos por el buen camino y que unos años más nos darán la obra grande, que tanto necesitamos.

Ahora bien: para llegar a ese trabajo colectivo de trascendencia, dándole una oportunidad para afirmarse en los países de América, donde lo nacional ha tenido un medianísimo desarrollo, conversamos en enero de 1942, en este cordial Santiago y en esta misma sala que hoy nos acoge, sobre la necesidad de crear en cada país una Escuela de Estudios Nacionales. No lo propusimos en la Argentina porque, desgraciadamente, nuestra Universidad está en un franco retraso con respecto a este tipo de preocupaciones, y

porque nuestra voz—de timbre disidente—no sería escuchada. Desde luego que está muy próximo el día en que este día encuentre en nuestro país la misma buena acogida que tuvo aquí desde el primer momento.

¿Por qué escogimos la vida de la «Escuela de Estudios Nacionales» para la primera gran experiencia de trabajo colectivo? Porque los hombres y mujeres que habitan un territorio, una región, un pueblo, están ligados casi sin excepción, de manera indisoluble a la vida del lugar, y su cultura tendrán que realizarla sobre la base de los elementos que forman su cuna natural. Se supone equivocadamente que la disminución de las distancias, la reducción del mundo equivalen a la substitución del ciudadano nacional por el ciudadano universal. Es un planteo falso: lo universal es una consecuencia de lo nacional y sólo podremos decir que constituimos un mundo los distintos pueblos de la tierra, cuando hayamos desarrollado y ensamblado cada una de nuestras expresiones, de tal modo que todas ellas se conjuguen en el rostro del mundo.

Lo nacional, además de constituir el mejor elemento de que dispone el hombre para lograr la unidad mundial—aspiración renovada sin término—facilita la adecuación a la tierra. ¿Qué ventajas reporta esta adecuación? Anotemos algunas: saber qué empresas pueden acometerse, pues éstas dependen de los medios de que se dispone: económicos, geográficos, de población, etc. Posibilidad de extender la obra a todos los miembros hábiles de la comunidad, despertando su conciencia de

ciudadanos, y dando a esta conciencia un mayor y mejor contenido. Al disponer de un saber menudo y a la vez general—de artesanía y arquitectura—se podrán determinar los puntos de coincidencia y divergencia entre las naciones, mucho mejor que bajo esta ignorancia substancial en que viven hoy los pueblos. Si las coincidencias aumentan y las divergencias disminuyen—o viceversa—ello depende de la dirección política local o general, que no puede resolverse con una simple adecuación a la tierra—en este caso lo nacional—sino por una adecuación a modos generales del vivir colectivo, a los cuales se puede llegar mejor por la conciencia popular sobre sus problemas territoriales, que por la ignorancia que practican y recomiendan las políticas de grupos extraterritoriales.

Son precisamente las formas económicas extraterritoriales—que dominan a las pseudo nacionales—las que más han contribuído a mantener a los pueblos débiles en la penosa anarquía. No es solamente—amigos chilenos—por falta de mercados de ultramar que los países americanos establecen entre ellos contactos económicos, sino porque tienen las manos un poco más libres y pueden practicar esa sana política de acercamiento que tanto bien nos hace. Pero ¡guay! de creer que toda política económica interna es de por sí nacional! Para que una economía sea nacional no basta que la materia prima sea nacional, que los capitales sean nacionales, que los técnicos y obreros sean todos hijos

del país: es necesario que sus planes se identifiquen con el espíritu de la nación.

Construir la nación por todos los caminos posibles es la gran política para todos los países de América y del mundo. Construir la nación equivale a reagrupar los individuos en un plano social equivalente: no hay nación entre desiguales. Lo otro—que se le parece—es país o es Estado. Construir naciones es colocarnos, aquí y allí, también, en planos sociales que permitan una comparación y que despertando la conciencia de los pueblos permita disminuir progresivamente muchas diferencias. Si esa disminución no se logra, ello depende del grado de conciencia política de los pueblos, que se desarrollan mejor si su conciencia económica sube de grado.

Si ustedes, chilenos, y nosotros, argentinos, estuviéramos mejor enterados de lo que conviene a nuestra buena vecindad—aunque lo intuimos, pero esto no basta—nos esforzaríamos mutuamente; pero estamos por ahora sin una información adecuada, y lo que es peor: con una información confusa, en cuya elaboración contribuyen ciertos intereses privados de ambas partes, y de intereses extraterritoriales, a todos los cuales perjudica un desarrollo progresivo de la conciencia nacional.

Una política a la cual debemos aplicarnos, de preferencia, es la del desarrollo de esa conciencia nacional, a partir de la cual puede pensarse en la formación de una conciencia continental. Términos los dos que se

suceden y complementan, pues por naturaleza, América es una e indivisible.

Como la cultura puede y debe colaborar en la formación de esa conciencia nacional, complemento de la Americana lo llevamos en parte dicho: el conocimiento de la realidad nacional y sus problemas. Este conocimiento ha sido descuidado en su conjunto: se ha supuesto que una nación se construye un poco por el aluvión de los acontecimientos y que el parto es toda la historia del hijo. Por el contrario, hay que seguir todos sus pasos. Y en estos años cada nación americana está dando aún pasos más difíciles. A unas más que a otras, pero a todas sin excepción se les está presentando la oportunidad de crecer y elegir un rumbo.

Cuando en enero de este año visité algunas ciudades del Brasil y conversé, sobre todo en Río de Janeiro, San Pablo y Bello Horizonte sobre estos mismos temas, hice notar—y lo repetí a mi vuelta a mis compatriotas—que a la Argentina le interesaba que el Brasil cumpliera sin errores su gran etapa de crecimiento; porque era la oportunidad de organizar la nación sobre mejores bases, al disponerse de un instrumento económico calificado; pero que para no malograr la obra, era indispensable que toda ella fuera adquiriendo un creciente contenido social. Ahora bien: ¿cómo una etapa de esa naturaleza adquiere ese conteni-

do? La solución es única: subordinarla a una política democrática.

Precisamente, lo que se persigue a través de la idea de crear en cada país una escuela u organización de estudios nacionales, es contribuir a democratizar la conciencia social y económica, de modo tal que no resulte, como hasta ahora, que esos temas son solamente conciencia de unos privilegiados. Y esa obra es función de Universidad y función de pueblo. De Universidad, en tanto ésta forma los equipos, los cuadros de oficiales de lo que podemos denominar ejército de la cultura; de pueblo, en tanto esto pueda solamente proveer, por ahora, una masa de calificación progresiva. Pero una política cultural democrática quedará trunca si no logra fundir a los dos elementos, no diré en el abrazo cordial—que es figura retórica—sino en una organización que permita concluir en la Universidad cada capítulo iniciado en las inquietudes y las necesidades del pueblo. No basta que la Universidad abra sus puertas a todo el que quiera venir a ella para que sea una Universidad democrática: es preciso que abra los ojos y sirva a la democracia en sus realizaciones y en sus principios. Su acentuado tono profesional, que en parte atenúan sus organismos anexos, no la libra de estar un poco a remolque de los acontecimientos. La Universidad tiene, sobre todo, una función primordial, y es la de dar al país que la mantiene, directivas estructuradas. El estadista, el

gran político, el hombre singular, pueden dar el guión de la vida nacional, porque no está vedado al hombre, figure donde figure, el poder y saber expresar la intuición profunda; pero el organismo capaz de dar forma y desarrollo a ese guión tiene que ser la Universidad. Toda su otra obra, importante sin duda es obra de artesanía o de investigación pura. Y está muy bien que el país la proteja, porque la capacitación continuada y progresiva es la seguridad de que las ideas cobren la vigorosa forma de los hechos.

Así practicada, la cultura universitaria toma un nuevo sentido. Se desprende de su arrogancia y vuelve a su origen modesto, pero hondo; el de servir al medio, cubrir sus necesidades, ordenar sus proposiciones, dar un cuerpo de ideas a la vida colectiva, estructurar la organización social que le sirve de base.

No es de ahora que se reclama de la Universidad, como de toda obra de cultura, la respuesta que debe a infinitas preguntas, pero siempre se ha tropezado con intereses que se oponían y con la impericia para dar con el instrumento adecuado. Quizás, uno de los mejores caminos que se le presentan para dar el paso es el estudio de los problemas nacionales, a que nos venimos refiriendo. Su resultado no sería únicamente una comprensión necesaria para el progreso nacional, sino que también convertiría a muchos de los profesionales del saber en ciudadanos del saber. Esta falta de ascensión a la alta categoría de ciudadanos es de lo que más se resienten las democracias, que son las

únicas interesadas en formar ciudadanos. Dijimos no hace mucho en Buenos Aires, un día de encuentro con nuestros amigos chilenos, que una escuela de ciudadanía es hoy tan importante como una escuela de primeras letras. Esta afirmación es válida igualmente en lo que se refiere a la Universidad, pues la ciudadanía es su función superior y última, cualesquiera que sean las disciplinas particulares que integren su plan de trabajo. Si careciera de ese sentido estaría formada solamente por una serie de escuelas técnicas; incluso en filosofía, donde el saber sin acción es pura técnica; tanto, que su vocabulario y las distintas acepciones que le imprimen los distintos maestros, es labor de duro aprendizaje.

La ciudadanía como directiva de una política cultural para toda América implica trabajar por la más completa de todas las directivas. Ella resume la forma y el contenido, el hombre y el medio, y da un alto sentido social a la estructura que se persigue. No se es ciudadano de un país o de un continente por el solo hecho de haber nacido en él o de haber cumplido con determinados requisitos de las leyes. Ser ciudadano es tener parte en la posesión de los bienes de la comunidad, que hoy deben ser prácticamente todos. La ciudadanía limitada al voto o a un cierto número de derechos políticos y civiles es incompleta. Hemos dicho alguna vez, de los habitantes que pueblan un país, ¿se sabe cuántos integran el

país? Si fuera posible hacer una estadística sobre las condiciones en que viven y para qué viven quienes habitan un territorio, buscando solamente su relación con la comunidad, y sus distintas formas de posesión, advertiríamos qué pocos nacionales hay en cada nación. Reaccionar contra esta peligrosa indiferencia, es obra de cultura. No en balde, el más grande y el más contemporáneo de todos los argentinos que se dedicaron a construir nuestra nación sobre la base de la formación de ciudadanos, sigue siendo Sarmiento. Su bandera es todavía nuestra bandera. Alfabetizar no fué para él el aprendizaje de las primeras letras sino el primer paso para adscribirse a la obra de la Argentina nueva. Ciudadanía y cultura le eran indivisibles. Fué nuestro más grande educador porque fué nuestro más grande ciudadano.

Para que esa política cultural a que me vengo refiriendo no quede limitada en su extensión y en sus resultados, es necesario que llegue a todos los puntos de la nación. Con el alfabeto, desde luego, donde falte, pero a simple título de instrumento. El objeto directo debe ser la valorización del habitante, uno por uno— para ser preciso en cuanto al sentido que quiero darle —y esté donde esté, dándole los conocimientos necesarios para que adquiriera conciencia de la necesidad del esfuerzo que también él debe hacer para mejorar su estado. Ser educador no debe constituir una profesión, aunque signifique asegurar medios de subsistencia, sino un apostolado cívico. Y para darle un contenido

actual y asequible, nada mejor que hacerlo obrar sobre los temas que proporciona la realidad geográfica, económica y social de cada país. Si es lugar común decir que no hay emancipación política donde no hay emancipación económica, no cabe dudar que no hay nación cuando la conciencia nacional está disimulada en su intensidad y en su extensión.

En nuestro país, la Universidad no tiene ninguna relación con las instituciones culturales privadas o semioficiales del país. En verdad, en sí misma no es una Universidad sino un órgano administrativo que reúne periódicamente a los representantes de las distintas facultades para asuntos internos, sin preocuparse por la vida cultural de la nación. En esas condiciones no puede extrañar que carezca de toda información sobre las instituciones culturales argentinas, y mucho menos de la labor que realizan. No sé cuál es la realidad chilena, ni tengo una información buena sobre lo que ocurre en los demás países de América. Pero en cuanto al punto que me interesa exponerles hoy, y que se refiere a la relación de la Universidad con las instituciones culturales libres, presumo que en todas las Américas padecemos del mismo mal; falta absoluta de articulación. Y eso es muy grave, la obra cultural no puede realizarse en un país sobre la base exclusiva de creaciones estatales, aunque el Estado luego las estimule o las coordine. Las instituciones culturales libres son órganos de avanzada y reúnen en un consorcio feliz, lo privado y lo colectivo y permiten el acomoda-

miento seguro de infinidad de obras que de otro modo no se harían. No se olvide que la cultura es un fruto penosamente adquirido en la historia de la tierra y que la Universidad es una de sus últimas creaciones. Es decir, que en la base social se gesta diariamente, aunque lo ignoren los gobiernos y el profesorado y no lo publiquen los diarios, una buena parte de la grandeza cultural del mañana, ¿Qué corresponde hacer entonces? Vincular a la Universidad con esas instituciones, creando en tal caso el organismo adecuado. Pero escúchese bien, no el organismo que coloque conferencistas a todo lo largo de la República—aunque también eso deba con cuidado hacerlo—sino el organismo que recoja la experiencia modesta pero significativa, la aliente, dé su consejo, la provea de medios, la relacione con otras organizaciones existentes, fomente la creación de nuevas y traiga a la Universidad, con alguna frecuencia, la palabra y la obra de esos hombres y mujeres que morirán sin dejar en su patria la huella a que tuvieron derecho. Piénsese que casi todos los universitarios debieron su graduación a circunstancias felices que les permitieron llegar al título y con ello al poder, y que es un bien para todos el que se recoja la cosecha de todos los campos.

Ese organismo daría más a la Universidad que lo que daría ella, porque recibiría una información tan necesaria para conocer la marcha del país, como al piloto de ruta el conocimiento de los planos y del estado del tiempo. Su creación, en principio universita-

ria, debe evolucionar hasta incorporar en su seno a representantes de esas mismas instituciones libres, de modo tal que no tuviera, ni por asomo, un sentido de superintendencia sino de convivencia.

No cabría en esta disertación de hoy entrar en más detalles, les dejo la sugestión por si la creen útil; y lo hago con profundo interés, porque creo no equivocarme al afirmar que la consigna cultural debe ser: articular, articular, articular. Articular en una América una e indivisible.

Obsérvese ahora la íntima correspondencia entre el estado económico y social de un país y su escuela. Si el grupo dominante entiende que se perjudica en sus intereses con una diversificación o abondamiento en los estudios, los restringe; caso contrario, los favorece. No hay duda sobre qué cada clase social que ha conquistado el dominio político, ha llevado su escuela; de ahí que es en el llamado terreno de la cultura donde se centran las grandes luchas. Podemos afirmar, sin error, que a economía nueva corresponde escuela nueva. Para llegar a esa escuela hay que plantear la lucha en el campo social. La escuela es un resultado y la cultura es el instrumento que lo determina. Profundizar, pues, en el terreno de la conciencia económica nacional es llegar insensiblemente a la nueva escuela, para cuya estructura formal si cabe la intervención del pedagogo, que es técnico en la forma de administrar las disciplinas, pero al que nunca se le po-

dría confiar, como tal, la determinación del rumbo que a la nueva escuela le corresponde. Por su naturaleza, la escuela recoge sus directivas del mismo haz que estructura el medio. Sustituir ese haz por otro, ya es obra del conjunto social dominante y de su situación dentro del momento y de la época.

Por ello es importante, antes de hablar de cómo debe ser la nueva escuela, el conocer bien el medio que ha de sustentarla, ubicar sus problemas, allegarles alguna solución, despertar opinión y conciencia sobre tales problemas en sus mismos habitantes; y el resultado dependerá del esfuerzo y de las posibilidades; porque una escuela que forme y que asegure los beneficios de la lucha enorme que la ha precedido, no puede ser la creación de un cerebro original, ni de varios, sino de un despertar menudo, una articulación precisa y una directiva clara. Retomando la misma idea expuesta al hablar de la industria, y porque es término de la misma ecuación de vida colectiva, podríamos afirmar que para que una escuela sea nacional no basta que su estatuto sea ley de la nación, que todos sus maestros y alumnos sean nativos del país que la sustenta, que los libros en que se estudie estén escritos e impresos allí mismo, sino que su programa sea realmente nacional—es decir que contenga todos los elementos que la nación requiere para sí y para los que la habitan en desarrollo progresivo—y

que sus directivas se identifiquen con la nación.

Retomemos ahora un poco los hilos de esta exposición hecha sin adornos y sin retoques, escrita con el propósito de no extenderme y no con la pretensión de lograr una pieza literaria.

Uno, se refería al trabajo en equipo como una superación del trabajo individual. Hace años que la economía industrial ha probado sus ventajas, pero los hombres de estudios están, en su mayoría, en retraso. Como siempre, a economía nueva, escuela nueva. Una advertencia: el trabajo en equipo en la industria no ha dañado la creación individual; habrá disminuído el número de creadores individuales, pero la compensación social ha sido muy grande como para no lamentarlo.

Otro hilo nos lleva al tema colectivo, sólo realizable en el trabajo por equipos. También la economía en sus distintas fases nos ha dado ya una montaña de ejemplos. En esto ya no se encuentran tan fuertes los partidarios del individualismo cultural a ultranza, pues el tema sólo es posible en una convergencia, tal entre miles de ejemplos el de las máquinas modernas, que son maravillosas síntesis históricas de esfuerzos combinados.

Otro hilo, el de la adecuación al medio; y sucesivamente, la del despertar del conocimiento, la conciencia de ciudadanía, la militancia en la vida nacio-

nal, el entrelazamiento de todas las actividades culturales como elementos constructores en la sociedad, la correspondencia de los organismos nacionales en un gran organismo continental, sin mover un alfiler el mapa político, porque el porvenir de todas nuestras patrias está en que ellas integren unidades económicas y sociales, y por ende culturales.

Pero todavía estamos en muchos sentidos en la época de las cavernas; todavía constituyen obstáculos, a veces insalvables, intereses de minorías que gobiernan los pueblos. Cuando terminará esto, no lo podría decir, pero es necesario emprender con fervor esa tarea máxima que corresponde a la cultura, amplia y hondamente sentida, porque cultura es trabajo y superación. Sus formas no han sido ganadas para solaz del hombre si bien la felicidad humana está inscrita en su itinerario. Se han logrado para mejorar el medio que se habita, para proporcionar herramientas con las cuales se superan estados de inferioridad. Como ninguna otra forma de la vida, ella es la que vigila más de cerca el camino del hombre. Sin equivocarme, podemos afirmar que la historia de la cultura humana define toda la historia del hombre.

Como esta disertación de hoy va enderezada a estimular una acción, no quiero terminar sin pedirles que consideren si hay en ella algún elemento aprovechable para una mayor cohesión nacional y americana; y si conociendo mejor todos los pueblos del continente los

problemas que le son impropios, no se asegura una larga y próspera paz, tal como la desean los hombres y mujeres que hoy luchan y mueren por este porvenir, que madura y nos viene a las manos con muy pocos esfuerzos de nuestra parte.